

tar y educacional. Santiago Arcos permaneció algún tiempo en la Argentina desempeñando cargos de responsabilidad e importancia. Este es un hecho que subraya Gabriel Sanhueza como el mejor testimonio de que su biografiado no era un vulgar calavera ni un peligroso comunista.

La vida de Santiago Arcos estaba regida por un sino de inestabilidad y frustración. Tampoco arraigó en la Argentina; pronto lo vemos en España donde tuvo una breve actuación política junto a republicanos de la estirpe de Castelar, Figueroa, Pi y Margall. Por último, volvió al París de su niñez y adolescencia, desengañado, envejecido, enfermo —al parecer de un cáncer a la garganta—, y para cerrar el ciclo de su existencia vagabunda y romántica, junto al Sena se disparó un tiro, arrastrado su cuerpo por las aguas del historiado río. Tenía cincuenta y dos años.

Gabriel Sanhueza ha rescatado del olvido y la calumnia a Santiago Arcos. Lo ha revivido encuadrado en el propio medio en que existió y entre los numerosos personajes en torno a los cuales transitó él o su padre. Lo ha presentado con verismo documental y simpatía humana. Pero ha olvidado que para darle mayor viveza y atractivo a las circunstancias de su vida, era necesario hacerlo enmarcado en forma que realizara el retrato. La prosa de Gabriel Sanhueza es vacilante, incorrecta la construcción de la frase, escaso el vocabulario. Una expresión más cuidada habría hecho que el alma de Santiago Arcos conviviera con el lector en una atmósfera de mayor categoría literaria.—M. R.



“DENSO VIENE EL DÍA”, por *Raúl Morales Alvarez*, Zig-Zag, 1956

Una reciente experiencia como miembro de un jurado literario, nos dejó desilusionados sobre la trascendencia que tienen los concursos para revelar autores desconocidos o premiar obras de verdadera calidad. Si bien creemos haber actuado entonces con absoluta independencia y emitido opiniones que dieron al referido concurso la dignidad y categoría necesarios, nos pareció que el excesivo número de obras pre-

sentadas, la brevedad del tiempo que se disponía para dar el fallo y la heterogeneidad de puntos de vista de los miembros del jurado, eran un serio inconveniente para concluir juicios de permanente validez. Con todo, quedamos satisfecho de nuestro trabajo; prueba de que no estuvimos muy errados son las opiniones favorables que ha recibido la obra que señalamos como la mejor o como una de las mejores. Creemos que igual estado de ánimo han tenido los miembros del concurso de novela abierto por la Empresa Zig-Zag para celebrar el cincuentenario de la revista que lleva ese nombre. No sabemos si están ellos satisfechos de su propio veredicto. En todo caso lo estarán por no haber asignado el premio a la novela "Denso viene el día", si bien la señalaron "entre las cuatro obras excepcionalmente meritorias", según se dice en la solapa de este libro.

Nos parece un poco exagerado el juicio transcrito de considerar a "Denso viene el día" como "una obra excepcionalmente meritoria". No negamos que ella tiene calidad humana, incluso que tenga *estilo*; pero dista de ser propiamente una novela, aun cuando reconocemos que no existen los géneros literarios puros. "Denso viene el día" es una sucesión de cuadros ambientados en la cárcel, cuyos protagonistas son hombres del hampa, con un nutrido prontuario criminal. Eso tampoco tiene mayor importancia. El tema es a veces secundario, todo depende de la mano del artista que sabe transfigurar en belleza cuanto cae bajo el imperio de su creación, por deleznable que sean los materiales empleados.

Podría suponerse que "Denso viene el día" es una novela picaresca, de vieja raíz hispánica. Le falta para serlo "picardía" en los personajes. "Picardía" implica ingenio, habilidad, astucia; y los hombres de esta novela no pasan de ser vulgares delincuentes, sin esos recursos para burlarse con simpático cinismo de las flaquezas humanas que poseían los picarescos españoles. Morales Alvarez pinta criminales, rateros, de éstos que figuran en las crónicas policiales de los periódicos y de cuyos ataques hay que defenderse por la cobardía con que obran, por la espalda o amparados por la obscuridad de la noche. Es-

timamos que "Denso viene el día" pertenece a la crónica policial y en ese aspecto está bastante bien, "excepcionalmente meritoria".

Las crónicas policiales que forman la novela comentada están escritas con vivacidad, en una prosa suelta, fluída, vigorosa, que facilita la lectura, logrando incluso interesar al lector, pues la obra no se abandona una vez iniciada la lectura.

Raúl Morales Alvarez ha desperdiciado en este libro personales e interesantes observaciones del hampa y ha desperdiciado sobre todo sus indiscutibles condiciones de escritor al reducir su mundo de ficción a un ángulo estrecho y de muy pocas posibilidades para el impulso creador del artista. Revela el autor disposiciones literarias en los cuadros trazados al agua fuerte, en tonos rotundos y sombríos, con relieve inolvidable.

La obsesión del sexo asoma constantemente, incluso en imágenes en que el plano no exige tal apelación para dar la sensación requerida, justa y precisa, en la mente del lector: "La ciudad me esperaba. Y en ella, entonces, me fuí hundiendo como en un sexo, tan contento como un perro con dos colas, con los alegres pasos del ebrio que hubiese bebido el más borracho vino".

Los tipos humanos están magníficamente pintados como que son de ambiente carcelario, fáciles de conocer. Nada habría que reprochar al autor en cuanto al verismo del enfoque. Pero el arte exige algo más que la captación de la realidad tal como ella se presenta, escueta, prosaica, grosera, maloliente. Exige esa otra realidad creada o recreada por el alma del artista. De lo contrario se queda en el hecho meramente objetivo, fotográfico. No es solamente una visión fotográfica la que nos da Morales Alvarez. En "Denso viene el día" hay elaboración artística, si no en la creación de los personajes, la advertimos en el estilo, pues, como hemos anotado, el autor exhibe una prosa de variadas y ricas gamas expresivas en un juego de imágenes que le permite en ciertos casos soslayar el realismo nauseabundo y menguado que le sirvió de ingrediente novelesco.—M. R.